

SURCOS EN EL ALMA

ABEL BRI

Título: Surcos en el alma
Autor: © Abel Bri Agullo

I.S.B.N.: 84-8454-247-5
Depósito legal: A-XXX-2003

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 38 45
C/ Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)
www.ecu.fm

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87
C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)
www.gamma.fm
gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Este libro está dedicado a todos los que han creído en mí.

Agradecimientos: a mis maestros de literatura por haberme enseñado a amar la palabra escrita, en especial a Antonio Moreno y Juan Cano. A mis auténticos y mejores amigos, a mi familia y a Estefanía, una de las personas que más me ha apoyado. A todos los que alguna vez me han regalado o prestado un libro, a quienes me han apoyado en mi evolución como escritor, a Agustín, a Eloy, a Zoilo y a su hermana. A quienes me han leído y han sido sinceros conmigo, ellos me han animado a seguir adelante y a encontrar mi propio camino.

PRÓLOGO

En la literatura gran parte de las historias narradas se cuentan como el transcurrir de un viaje. Un viaje físico o mental en el que sus protagonistas intentan llegar a su destino, luchando contra las dificultades que hallan en el camino. Fue Homero quien comenzó a trazar esta forma de narrar la ficción, *La Odissea* es el camino que sigue Ulises para volver a su hogar, a Itaca. También la obra de Tolkien comienza con un viaje. La historia que da sentido a *El Señor de los anillos* comienza con un libro anterior, *El Hobbit*, donde el protagonista se sumerge en un fascinante viaje a través de la Tierra Media.

El género no sólo ha impregnado la literatura, sino que también ha dado el salto al cine creando un género propio, las *road-movies* (películas de carretera). La carretera significa la huida, la aventura, el viaje. La carretera es una puerta abierta, una salida que sirve de hilo conductor para multitud de historias del cine internacional. Lanzarse a la carretera es el símbolo más actual de la búsqueda de la libertad, lo que hace años se mostraba con la colonización de África o América, con las caravanas, con los trenes, o *La Vuelta al mundo en 80 días*.

Las *road-movies* han tenido tan buena acogida entre el público que han vuelto a sus orígenes, con lo que ahora también podría hablarse de *road-books*. El mismo punto de partida, la huida en coche, vuelve a narrarse actualmente en muchas obras de la literatura actual. Entre los libros que hablan de este tipo de historias se halla el que tienes en tus manos, *Surcos en el alma*.

Esta novela no sólo habla de un viaje físico, sino que intenta ir más allá, vinculando el camino, la carretera, con el viaje emocional de su protagonista. Origen, destino, y sobre todo lo que pasa por el camino, son las claves de la novela. No importa sólo adónde vamos, sino cómo llegamos.

A.B.

Noche cerrada en la carretera, sólo las luces de un automóvil sobrevuelan el asfalto. Los neumáticos giran a gran velocidad y el viento se corta contra el morro del coche

Conduzco dirección a casa, pinturas blancas en los troncos de los árboles vienen hacia mí desde ambos lados del camino, siempre pasan de largo, comienzo a acostumbrarme. He estado varios días ausente, de viaje, y al fin volveré. No sé bien si allí me esperará alguien, pero es al único lugar al que puedo, al que quiero, volver, ahora lo sé.

¿Dónde he estado? No lo sé seguro, ha sido algo complicado, un viaje que en mi mente parece un recuerdo onírico, pero... trataré de explicarlo:

UNO

Estaba sentado frente a la mesa, desayunando mis cereales, viendo las noticias en el televisor. Mientras con mi mano derecha me llevaba cucharadas a la boca, los dedos de mi izquierda jugueteaban con un par de pastillas. A mi lado mi único hijo terminaba sus tareas, le miré de refilón, me centré en las noticias, la llamada *cuestión de oriente* seguía a peor.

Terminé de desayunar, miraba la pantalla, pero las imágenes se habían desenfocado en mi cabeza, mis dedos ya no tenían con qué jugar, mi mente estaba ausente, la pantalla resplandeció en un destello blanco que llamó mi atención, me cegó hasta tal punto que cambió toda mi percepción.

Por mi derecha entró mi esposa, esbelta, bella y elegante, como de costumbre, pero en la misma medida fría y seria como un témpano. Dio los buenos días a nuestro hijo, le besó la mejilla y fue a meter una camisa en la lavadora, entre tanto mi visión se centró en el pequeño: las piernecitas, camufladas con un pantalón de pana, le colgaban balanceando, mientras, repeinado con la raya a la izquierda, con una mano se subía cada dos por tres las gafas, que se le resbalaban por la nariz, con la otra iba escribiendo. Me resultó curioso, siempre creí tener un hijo guapísimo, muy inteligente, mi copia en miniatura; y que mi esposa era la envidia de las otras esposas y el deseo de los maridos, no es que no fuese cierto, al menos en parte, pero yo comencé a verlo de otra manera. Mi hijo se había convertido en un empollón, si tuviese su misma edad me reiría de él, por más que me quisiera engañar a mí mismo, yo no era así de pequeño, no tenía

ese aspecto, siempre me gustó divertirme. Mi esposa, era preciosa, pero, no sé, siempre quise casarme con una mujer que fuera como una niña, juguetona, inocente, a la que poder cuidar y que me cuidase a mí también, no un maniquí.

Su esposa cogió al niño de la mano, le dijo que se despidiera de su padre, le dio un beso en la mejilla, se despidió ella también y se lo llevó al colegio. El pequeño se apresuraba dando rápidos pasitos para seguir a las largas piernas de su madre.

Y el caso es que siempre pensé que tenía todo lo que soñé, pero creo que me engañaba a mí mismo, me engañé al perseguir los objetivos, me ceñí al aspecto material, hice mío el sueño de otros. Sí, tenía un buen sueldo, un buen trabajo, un gran coche, un hijo con futuro prometedor, digno sucesor mío, una bella e inteligente esposa, que me quería y respetaba, y muchas más cosas que ni siquiera recuerdo. Sin embargo en mi alma faltaba algo, había un gran hueco que no sabía cómo llenar. Me faltaba algo muy importante: no era feliz.

Así que allí estaba yo, frente al espejo, lo tenía todo, pero no tenía lo que quería. De pronto, por un motivo que todavía desconozco, sin pensar, agobiado por mi existencia, por el miedo, la casa que me rodeaba, como si el aire se hiciese más pesado y me costara respirar, me sentí angustiado, no lo soportaba más, cogí las llaves del coche, la billetera y me marché, sin un rumbo establecido.

Entré al garaje, mientras bajaba por la rampa se apagaron las luces, todo estaba oscuro como una fosa. Pares de ojos enormes, como de bestias, se entreveían en la oscuridad, me acechaban. Un pensamiento iluminó mi mente, eché la mano al bolsillo, presioné un botón y un suave pitido se repitió dos veces seguido de tres destellos de luz... allí estaba mi coche. Salí con fuerza de la rampa y rápido me alejé del garaje.

Un automóvil surgió bruscamente del parking y estuvo a punto de arrollar a una mujer, que a pesar de lo furiosa que estaba cesó de gritar cuando vio que el impasible conductor continuaba su trayecto sin mirar por el retrovisor.

Conduje un rato, sin pensar en nada, simplemente contemplando lo que me rodeaba, no tardé en verme fuera de la ciudad. Cogí una comarcal, viajaba sin rumbo, con el sol a mis espaldas, al bajar del coche, me vino a la cabeza una imagen de cuando era niño, le decía a mi madre cuánto me gustaba el olor a gasolina, todavía disfruto con esa esencia corrupta.

—¿Cuánto le echo?— preguntó un hombre ya mayor.

—Llénelo por favor.

Y mientras él se quedó llenando el depósito yo fui a vaciar el mío. Nada más entrar al servicio un nauseabundo hedor a orina se desincrustó de las paredes para saltar sobre mí, el olor me atizó como un gancho de izquierda, mareado contuve mis piernas y evité caer al suelo. Respiré por la boca, tapando mi nariz con los dedos, gracias a ello pude soportar continuar allí, aunque no pude evitar que de vez en cuando me entrasen arcadas. Mientras orinaba me llamó la atención la gran cantidad de frases que había escritas en la pared, recuerdo una en concreto: " el destino baraja las cartas, pero nosotros somos quienes las jugamos, *Schoepenhauer* " , pensé en lo filosófica que se pone alguna gente cuando está cagando (o meando), era una máxima, como poco, muy esperanzadora. Observé cómo la boquilla de un porro luchaba por flotar entre el líquido amarillo, sonreí, tiré de la cadena y más relajado y vacío, salí de nuevo fuera. Pagué al tipo aquel y me largué.

No sé cuántas horas estuve al volante, pero no me detuve ni a comer. No iba demasiado rápido, comenzó a atardecer y el granate inundó el cielo, pero no sólo el cielo, yo lo veía todo de

ese color, el interior del coche se hizo también rojizo. Fue como si me hubiese puesto unas gafas de cristales rojos.

Iba siendo hora de parar. Entré en uno de esos pueblos levantados en torno a la carretera, no supe leer el nombre en el cartel, estaba demasiado borroso. Ese podría ser un buen lugar para descansar, aminoré la velocidad. Encontré un bar, el cartel tenía el nombre escrito con luces amarillas, de neón, por la iluminación, parecía otro tipo de establecimiento nocturno, me detuve. El interior estaba alumbrado, así que apagué los faros y bajé, pero las piernas me fallaron, las rodillas cedieron y me fui contra el suelo.

Dentro del bar habían visto que un coche paraba en el aparcamiento, cansados de esperar a que entrase el conductor, se asomaron a ver qué sucedía. Vieron a un hombre tirado en el suelo lo recogieron.

DOS

Oscura estancia que mentalmente aminora el tamaño real, con moho en las paredes, olor a humedad y vino de barril. Cuatro mesas de plástico, de las de playa, y una barra de madera maciza. Sentado frente a una de las mesas de plástico, yacía como muerto el cuerpo de un hombre. La cabeza caída en la mesa y los brazos le colgaban. Una mujer se acercó hasta él con un cubo y un paño, salía vapor del agua del cubo. Lo dejó en la mesa y volvió a la barra, recogió un café y de nuevo se acercó a él. Mojó el paño y lo escurrió para pasárselo por la cara.

Desperté desconcertado, no sabía dónde estaba, ni quién era aquella mujer que tenía enfrente, me asusté un poco. La primera impresión no fue en absoluto buena, no me pareció una chica demasiado atractiva, sin embargo, a poco que la miré encontré un brillo en sus ojos que le dio una belleza insospechada, no tardé en darme cuenta de que no era tan mujer, sino más joven de lo que aparentaba, en su rostro no había señales de ninguna arruga disimulada con maquillaje.

—¡Vaya! Al fin has despertado— me dijo.

Hacía tiempo que no escuchaba a una desconocida tutearme y me agradó, no lo consideré una falta de respeto, sino que más bien me rejuveneció.

—Pues podría estar mucho mejor— miré a mi alrededor, era un auténtico antro—, y dime... ¿dónde estoy?

—Hace un rato escuchamos parar un coche en la puerta, y viendo que no salía nadie, mi jefe salió a ver qué pasaba, te encontró echado en el suelo, así que te metió para dentro. Estábamos a punto de llamar a una ambulancia, pero parece que estás bien ¿qué te ha pasado?

—Llevo demasiadas horas al volante, por eso he parado, quería descansar, pero mi cuerpo estaba demasiado agotado y caí rendido.

—¿Adónde ibas?

Me quedé un momento callado, esquivando su mirada y pensando qué le podría decir, entonces se me ocurrió algo:

—Me dirijo a Madrid — fue lo primero que se me pasó por la cabeza, sabía que si pasaba demasiado tiempo pensándolo y luego le soltaba una historia con un montón de detalles sonaría a falso.

—¿Por trabajo?

—En realidad no, es por motivos familiares— presentí que preparaba otra pregunta, y que si le consentía que me siguiese abordando terminaría por decir alguna incoherencia, así que la corté— pero mi vida es muy aburrida, y una larga historia para contarla a estas horas, te dormirías.

—Ja, no te creas, he escuchado historias realmente aburridas sin dormirme, y todas suelen parecerse.

Me disponía a preguntarle algo a cerca de ella, pero el jefe se dio cuenta de que estaba despierto, salió de la trastienda y se acercó a nosotros.

—Pero venga, tómate el café, te sentará bien —me dijo ella, que se había dado cuenta de mi preocupación.

—Buenas, socio, ¿cómo estas? —desde un primer momento el dueño me resultó repulsivo, tenía el pelo rizado y negro, sobre su redonda cabeza, el bigote le tapaba el labio superior.

—Bien, ya me encuentro algo mejor, estaba un poco mareado, gracias.

—Desde luego socio hay que ver qué suerte has tenido de que salga a buscarte, podrías haberte pasado ahí fuera toda la noche y capaz que te congelas, con el frío que hace hoy... —mostraba una sonrisa irónica, que no inspiraba ninguna cordialidad.

No les conté prácticamente nada de mí, les dejé hablarme de ellos, o más bien de él, porque fue él el único que habló. Era tarde, estaba ya muy avanzada la noche y no tuve que pedirles aposento, me lo ofrecieron, el dueño me pidió que le pagase por adelantado. Creo que fueron mil quinientas por una noche, sin ninguna comida. Tenían una habitación que los camioneros y algún esporádico visitante solían utilizar, acepté, me convenía descansar, al día siguiente estaría más despejado y con las ideas más claras.

Ella se ofreció a acompañarme a la habitación y a subirme las sábanas. Fui detrás de la chica hacia la trastienda, llevaba la almohada y las sábanas entre los brazos. Entonces aproveché para acercarme, le toqué el hombro y por un momento me quedé paralizado, sentí toda su ternura al rozarla, se volvió despacio, y le dije:

—Muchas gracias por todo de verdad, mmm... perdona, pero no sé tu nombre.

—Me llamo Lucía.

—Encantado —le planté dos besos en la cara, en el primero me puso la cara y la rocé con mis labios, casi no sentí su me-

jilla, como con el segundo quise sentirla, giré más la cabeza para plantarle un buen beso, pero ella también quiso besar mi rostro, así que la comisura de nuestros labios se rozó, produciendo una chispa en mi interior. Nos apartamos medio sonrientes, sonrojados, pensando si el otro se habría dado cuenta y sabiendo que sí.

Me pidió que la acompañara y se metió en la trastienda, seguí sus pasos en la oscuridad. Tras ella pude observar su figura, su silueta, era atractiva. La escuché tirar de un cordel metálico, se encendió la luz. La bombilla estaba engrisecida por el polvo, colgaba del techo como un escupitajo, sin lámpara. Alumbró un almacén, se dirigió a la puerta del fondo, me golpeé la espinilla con una caja de las que llevan varias botellas de cerveza, se volvió interesada por mí, y se lo agradecí con la mirada, reprimiendo mi dolor para parecer más fuerte. Seguimos adelante, abrió la puerta de madera podrida, había unas escaleras, subió y fui detrás. Al fin entramos en la habitación, era pequeña, el techo por un lado, el de la cama, obligaba a agacharse, ya que bajaba señalando la caída del tejado.

—No es gran cosa, pero la cama es cómoda.

—Muchas gracias... estáis siendo muy amables conmigo.

Deseé que sucediese algo más, aunque sabía que no era lo correcto, pero sus labios finos me provocaban a morderlos, y no sentía ese deseo por ninguna mujer a parte de la mía, desde antes de estar casado. Me dio las buenas noches y se marchó, pero qué dulce despedida, qué tiernas sonaron cada una de las vocales que utilizó para desearme que durmiese bien y despedirse hasta el día siguiente.

La habitación estaba compuesta por una cama, una mesa de noche, un espejo redondo colgado con un clavo a la vista, cuatro paredes y un techo que impedía estar erguido en la totalidad del habitáculo. Las dimensiones mínimas impedían la presencia de cualquier otro mueble.

Me quité el traje y me acosté en calzones y con la camiseta interior. La cama era cómoda y caliente, aunque los muelles hacían un ruido espantoso. Estaba tumbado hacia arriba con los ojos abiertos de par en par. Pensé en cuanto sucedió aquel día, estaba bastante satisfecho. De pronto percibí que por las ranuras de la persiana se filtraba una luz, se disparó hacia el espejo y proyectó un brillo que me deslumbró. A la cabeza me vino la imagen de una chica, no era Lucía, ni mi esposa tampoco. Era un amor pasado. Una chica de pelo castaño, sencilla y sincera. No tenía cuerpo de modelo, ni vestía como tal (quizás fuera por eso que me encandilaba), leía la bondad en ella, y, sobre todo, amor hacia mí en sus ojos. Era una chiquilla, debió de suceder cuando yo todavía estudiaba en el instituto. Esa noche tenía cada rasgo de su cara en mi mente, como si la estuviese mirando mientras me hablaba.

Pero algo me la quitó de la cabeza, unos ruidos debajo de mi cama me inquietaron. Al principio parecían metálicos, pero después me pareció alguien que lloraba, una niña a la que su padre no dejaba de golpear. Pasaron horas hasta que los ruidos cesaron, me levanté y miré debajo de la cama, pero no había nada. Logré cerrar los ojos y olvidar todo lo que pudiese atormentarme, las imágenes se pusieron a dar vueltas en una espiral en la oscuridad de mi pensamiento y, abatido, me dormí.

TRES

No recordé mirar el reloj cuando amaneció. La luz había taladrado cada hueco de la persiana. Me levanté, mi cuerpo caliente notó lo fría que estaba la habitación. Me miré al espejo, despeinado y con algo de barba ya, no obstante, me vi más joven, mi cara sonreía. Había despertado en un lugar que no era mi casa y mi yo aventurero, el niño, estaba alegre. Tosí, la capa gris que cubría el espejo ni se inmutó. Me hubiese afeitado, pero no me apetecía. Ya vestido, fui hacia abajo. Las escaleras estaban muy inclinadas, se agradecía por ello que tuviesen las paredes tan pegadas, así podía mantener mi equilibrio apoyando mis manos sobre ellas. Al llegar abajo, en la oscuridad del almacén, vi una luz, venía de abajo de una puerta, fui hacia ella, golpeé, pregunté si se podía pasar y la voz de Lucía me invitó a que entrase.

Fue la primera vez que vi su morena melena suelta. Estaba de espaldas a la puerta y por tanto a mí. Pintaba sobre un lienzo, con una luz más que escasa, volvió su cabeza, su cabello la precedió preparándome a recibir su sonrisa.

—Buenos días... madrugador.

Vestía un mono vaquero, con una camiseta de manga larga debajo, era blanca aunque llevaba brochazos de colores por toda la parte delantera. También su cara estaba manchada con una pincelada anaranjada.

—Buenos días Lucía.

—¿Qué tal? ¿has dormido bien?

—Estupendamente, tenías razón con la cama, es cómoda.— Ya no me miraba, seguía pintando— Interesante pasatiempo, ¿hace mucho que te dedicas a ello?

—Empecé poco después de ponerme a trabajar aquí, al principio utilizaba témperas y pintaba sobre cartulinas, mis dibujos daban más risa que otra cosa... pero un día me compré un libro de pintura que vi en el quiosco y me quedé tan fascinada que comprendí que lo mío era pintar en lienzo, al óleo... y ahora se me da un poquito mejor, y aunque es más caro, es el único capricho que me doy.

—Lo haces muy bien—me había puesto a ojear unas pinturas que tenía plegadas sobre una tabla. En la primera que miré, una mujer de unos veinte años estaba sentada en unas rocas frente al mar, de perfil, las olas rompían y la mirada permanecía serena. Una camisa de tirantes insinuaba sus formas delgadas, su mano derecha se estiraba hacia atrás apoyada en el suelo para mantener su peso, con la otra trataba de amainar su pelo frente al viento, que se desperdigaba a latigazos. Sólo se veía uno de sus ojos, la pupila era negra y la forma del ojo exageradamente ovalada, los morros muy pronunciados, era bella y también seductora. Pasé a mirar otra pintura, en esta aparecía un arco iris de fondo, cruzaba el lienzo por la parte superior en diagonal, tras él un cielo azul claro despejado, y bajo él una amazona montada en un enorme caballo de guerra. De nuevo me había encontrado a una bella mujer, esta era castaña, con el pelo suelto rizado y con la musculatura más definida, propia de una luchadora, vestida con un sujetador metálico y una falda que me recordó a la de los romanos.

Las siguientes pinturas que observé eran similares, logradas con una gran destreza, aunque no entiendo demasiado de pintura, no eran propias de una aficionada, en la mayoría de ellas había una protagonista femenina. Me llamó la atención una

en la que no salía ninguna mujer, simplemente un precioso jarrón, con muchas curvas, sobre una mesa de madera con mantel de ganchillo, y coronando el jarrón un ramo de rosas rojas y blancas. Poco tardé en asomarme a ver qué pintaba. Había dibujada una silueta en blanco, de lo que seguramente terminaría siendo una joven, se dedicaba a colorear un paisaje exterior, montaña y bosque con más verde de lo que ella habrá visto en su vida real. Me recordó a cuando estuve en Irlanda. Me pregunto de dónde sacaría la inspiración para esos paisajes, teniendo en cuenta que estaba pintando en una "cueva" oscura y húmeda. Aunque sus lienzos, algunos colgados de las paredes, le daban un aspecto más imaginativo a la estancia. Una fusión de varios mundos inexistentes, en realidad pienso que eran ventanas, al mirar a través de ellas me parecía estar en otro lugar, escaparme, a ella le sucedería lo mismo.

—¿Qué pintas ahora?

—Un paisaje.

—Ammm— asentí yo.

—¿Has visto *La Bacanal*?

—Sí... recuerdo que en el instituto nos la enseñaron, era una especie de orgía con mucho color ¿no?.

—Sí... algo así oye pero qué suerte que te enseñaran arte en el instituto. Pues bueno, en esta pintura me gustaría hacer algo parecido, festivo. Le compraré un buen marco y lo colgaré detrás de la barra, en lugar de ese de los árboles de noche, me parece un poco funesto, este dará más alegría al ambiente.

—¿Es que hay un cuadro detrás de la barra?

—Sí, también lo hice yo. Y hay otros dos, en la pared que no hay ventanas.

—No me había fijado. En cuanto salga les echaré un vistazo.

Hubo otro momento de silencio, no sabía qué decirle.

—¿A qué hora vais a abrir?

—Todavía falta un buen rato para que empiece a entrar gente, al menos una hora o dos, de todas maneras, si tienes hambre, dentro de un par de minutos te prepararé un buen desayuno.

—Gracias, me sentaría bien.

—De acuerdo, pues espérame en la barra, voy a limpiarme y ahora me dices lo que quieres.

El hombre esperaba en la barra con aspecto descuidado, mientras la camarera le preparaba un zumo de naranja. Saltaron las tostadas, ella seguía exprimiendo, cuando el vaso estuvo lleno se lo llevó al hombre y se dio la vuelta para recoger el pan tostado. Él aprovechó para hurgar en su bolsillo, sacó algo y se lo echó a la boca, con un sorbo de zumo lo tragó sin que ella se enterase. Le sirvió la tostada. Él estaba mirando el cuadro de la pared.

—¿Qué? ¿Te gusta?

—Tenías razón, es algo funesto, pero... creo que me gusta.

—¿Has visto los otros?

Se levantó de su taburete y se acercó a cada uno de los cuadros esparcidos por el resto de las paredes. Se quedó al menos tres minutos plantado, callado, contemplando un cuadro en el que aparecía una ciudad con muchos tonos negros y grises, figuras retorcidas de dragones en piedra coronaban los balcones de varios edificios, proporcionando un aspecto todavía más gótico. En el suelo de la ciudad aparecía una muchedumbre de niños vagabundos, y entre ellos uno con un color más vivo en la camiseta, un azul cielo, parecía fuera de lugar, un anacronismo. Se detuvo menos tiempo contemplando la otra pintura y volvió a tomar el asiento que antes ocupaba. Detrás de la barra la camarera esperaba su opinión.

—Están muy bien, sí, creo que tienes talento.— me gustaban sus pinturas, eran bellas, al decírselo se le iluminó la mirada como si hubiese visto a su amado. Y, sin embargo, estoy seguro de que había escuchado a menudo halagos sobre sus cuadros, pero quizá pocos fuesen tan sinceros como los míos.

—No sabes cuánto me alegra que me digas eso, gracias, de verdad, aunque te conozco poco, tu opinión es importante para mí, tienes pinta de saber más de arte que la mayoría de los que pasan por aquí.

Sonreí y tomé un sorbo del zumo de naranja, estaba excesivamente dulce, me quedé un momento paladeando y reuniendo los gránulos de la naranja que no se habían disuelto, los posé sobre mi lengua, los saboreé, los ensalivé y los tragué. Sentí la energía circular por todas mis venas, con ese sabor y olor a naranja recién exprimida que tanto me reconfortaba. Estuvimos hablando un rato. Me contó que siempre había disfrutado mucho estudiando, que en el colegio sacó buenas notas y le hubiese gustado ir también al instituto, pero nació en aquel pueblo de carretera, en el que no había institutos, y sus padres no quisieron enviarla fuera. Dijo que les tenía que estar agradecida porque le consiguieron ese trabajo de camarera, que tenía la suerte de no haber tenido que irse a buscar trabajo a la ciudad, como se veían obligados a hacer todos aquellos desgraciados que no querían morirse del asco. No fue difícil leer que en sus palabras no había agradecimiento, ni tampoco amor, hacia sus padres.

Se había hecho de día entretanto, Lucía había levantado la persiana y poco después apareció el dueño. Me dio los buenos días, estaba contento, me preguntó si pasaría allí el día, le dije que sí, que me gustaría, que todavía no me encontraba dispuesto para marcharme. Se ajustó el delantal a su gran barriga, se le marcaba el ombligo.

Poco después entró una pareja de guardias. Parecían el gordo y el flaco, uno alto y gordo, y el otro, también alto, aun-

que menos, y tan delgado y descuidado que si no vistiese de uniforme y lo viese por la calle, cambiaría de acera sin pensarlo, temiendo que me pidiese mil pesetas. Se sentaron a mi lado.

—Buenos días.

—Buenas — hice un estúpido asentimiento con la cabeza, inclinándola levemente, como si fuesen militares, o maestros de artes marciales. El más gordo esbozó una irónica sonrisa que ni tan siquiera arrugó su cara.

—¿Es suyo el coche que hay ahí fuera?

—Así es.— me miró de abajo arriba, seguramente le llamó la atención mi barba sin afeitar, pero mi ropa de calidad y mi estilo para lucirla, terminaron convenciéndole de que no había robado el coche, aunque quiso asegurarse.

—Un gran coche, ya lo creo... me gusta... soy aficionado a los coches ¿sabe? llevo años ahorrando para comprarme uno exactamente como el suyo, pero aún me queda por ahorrar... lo tiene muy cuidado, me he fijado bien. Como me gustan mucho los coches me quedo con todos los detalles, observe, ¿a que la matrícula es cinco, cero, cero y...? No me acuerdo del último... —esperaba mi respuesta... y se la di.

—Uno... cinco mil uno, BT.

—Eso es, cinco mil uno. Pero el que me fije en ese detalle será más por oficio que por afición — soltó unas risas, le sonreí sin demasiado afán por disimular mi antipatía hacia él. El policía recordaba la matrícula entera, sólo quería probarme. Aquel agente conocía su trabajo, las patas de gallo junto a sus ojos apuntaban que había pasado muchos años envuelto en las intrigas y las picarescas de los delincuentes.

—Buenos días Lucía, cada día estás más buena— ella se giró y les miró, el flaco había sido quien lo había dicho, sonreía como un estúpido esperando respuesta.

—Hola, — respondió con tono serio— ya te echaba de menos, eres el único que me dice cosas tan bonitas— añadió con punzante ironía y volvió a lo suyo.

—¿Y Manolo? ¿está por ahí dentro?

—Sí, ahora saldrá.

—Pues anda cariño, ponnos tú la tele que veamos las noticias.— dijo el flaco remirándola.

Sin decir nada salió de la barra y fue hacia el televisor, me di la vuelta, no me había fijado dónde estaba el aparato, se hallaba en una leja en la pared, cerca de la puerta. Lo enfocó hacia la barra y lo encendió. Miré a los dos polis, el gordo me miraba, juntando las cejas, analizándose, el otro analizaba el culo de Lucía. Su uniforme le quedaba grande como un pijama y lo llevaba mal centrado, las costuras de los hombros le caían en el pecho. Su rostro era moreno, o más bien quemado, la nariz muy pronunciada y tenía demasiadas arrugas para su edad, quizás por la piel reseca. Me miró, y, al ver que también yo le observaba, me puso cara de asco. Coloqué el taburete recto y dirigí la vista hacia delante. Lucía volvió al interior de la barra y le preguntó a los guardias qué querían tomar, el gordo pidió dos tostadas con mermelada, un croissant y un café, el otro simplemente un café. Los dos se dieron la vuelta hacia el televisor, yo hice lo propio. Una rubia daba las noticias, leía los sumarios.

—Milosevic asegura que aceptará el plan de paz, los rebeldes toman el control de Guinea Bissau, continúa el caos aéreo en Barajas: los vuelos se demoran más de una hora...

—Perdone— me dijo el gordo.

—¿Sí?

—¿Usted suele ir en avión?

—No demasiado a menudo que digamos, pero sí he subido varias veces.

—¿Ha volado últimamente?

—La última vez... creo que fue el año pasado, sí... hace ya un año ¿por qué lo dice?

—Era por si sabía algo de cómo está Barajas. Vaya con Iberia, yo no sé si creerme todo lo que dicen en la tele... mi cuñado va a hacer un viaje la semana que viene, se va a Cuba y el avión sale de Barajas, veremos cómo está el tema para entonces, no hablan de otra cosa en la tele... —el flaco se reía.

—Dudo que para la semana que viene se haya solucionado el problema, da la sensación de que va para largo.

—Oye —dijo el flaco sacudiendo el hombro de su compañero— ¿y para qué va a ir tu cuñado a Cuba?

—Pues tú que crees, imbécil.

—Para follar, como no se come una rosca el pobre, ¿qué pasa? ¿se ha cansado de las putas españolas?

—Seguramente— asintió el gordo sin hacerle ningún caso—, y dígame amigo ¿qué hace usted por aquí? ¿de paso?

—Exacto.

—¿Adónde va?

— A Madrid.

—¿A Madrid...? — repitió— ¿y qué se le ha perdido allí? ¿por trabajo?

—No, se trata de asuntos personales, mi hermano vive allí y está enfermo, van a operarle.

—Vaya... mal asunto, espero que tenga suerte, las operaciones siempre son un riesgo...

—¡Buenos días señores!— saludó el dueño del bar con rechineo, salía de la trastienda frotándose las manos— ya po-

demos estar tranquilos, porque ha llegado la policía— reía enseñando su amarillenta dentadura y sacando barriga.

—Buenas Manolo, te veo así como más fuerte... ¿has hecho pesas o algo?— se mofó el flaco.

—Qué curioso, porque a ti te veo más feo aun— le contestó el dueño mientras rascándose sus partes... ¿nobles?

Al rato entraron un par de mujeres y dos o tres viejos. Al marcharse la clientela todo quedó muy silencioso, sólo el televisor añadía algún sonido de fondo, el dueño del bar, aburrido, se había metido a la trastienda entre gruñidos. Lucía se sentó a mi lado, me estuvo mirando, seguramente esperaba que le contase algo interesante, pero no me apetecía.

—Oye, tú estás casado... ¿verdad?

Le asentí con la cabeza.

—Lo imaginaba... ¿es guapa?

—Como la que más. Estoy convencido de que podría haber sido modelo si se lo hubiera propuesto. A mí al menos me parece más guapa que muchas de ellas.

—Te creo... aunque no pareces muy enamorado ¿verdad? — a mí se me quedó cara de asombro— he conocido a muchos casados, y todos me dan la misma impresión. Parece como si al ponerse el anillo, maten el amor.

—No es eso... siempre se ha dicho y no es mentira, que al cabo de los años todo se vuelve rutinario, no es como al principio, antes todo eran risas, y abrazos... pero es lo más normal, te acostumbras a estar con una persona y dejas de darle importancia. Es triste, pero es normal e inevitable, o eso creo.

—Ya... pero ¿piensas que alguna vez has llegado a estar enamorado de ella? ¿O quizás te equivocabas cuando creías que la querías? y ahora la ves con una mirada más realista, no sé si